

La montaña

Es una emoción sencillamente inolvidable, el viaje a través de la gran cordillera nevada que guarda nuestras aguas. Los ojos se llenan de luz y el corazón de asombro. El sol pone todos sus matices en cumbres y laderas. Aquí un valle de vegetación deslumbrante; allá torvos desfiladeros y violentas quebradas. Ríos, pequeños arroyos cristalinos; innumerables rebaños de cabras trepados en las alturas o paciendo en los hermosos prados. Y las montañas gigantescas, impresionantes, taciturnas y multicolores, bajo el claro cielo de Dios.

Alfredo Bufano, de "Aconcagua".

El agua

Ahí va el agua, sumisa, domesticada por el hombre. Es la misma agua que, entre cuchillas, cava gargantas profundas por las quebradas o cañadones, busca los bajíos y se empeña en salir al llano para respirar a sus anchas. Es el agua que allá, en las laderas o en las cerrilladas, la mano y el desvelo del labriego alargan, de faldeo, como un hilo, para alimentar las plantaciones o los raquíuticos cuadros de labranza. Es la misma que se capta de los torrentes, con el recurso incipiente de los piedegallo o con las obras técnicas de los diques y de las tomas. De las corrientes primarias pasa a los canales; de los canales a las hijuelas; de las hijuelas a los cauces menores. Pero el agua siempre es ella. Es la que, más acá de los ventisqueros, brotó como líquida linfa y se sumó, gozosa y tranquila, a la correntada mayor que trae la vida en sus ondas. Es el agua que transforma los secadales; la que hace florecer la gleba; la que canta su canción jocunda y permite al hombre mejorar su destino.

Guillermo Petra Serralta, de su obra "Mendoza y mi cristal".

El desierto

La arena es blanda y blandas son las curvas de sus lomadas. Otra, de rectas precisas, es la geometría del carro que se esfuerza por montarlas. Sin embargo, en esa guerra de arena tiene un resuello el animal. Ofuscado y resoplante, tupidas las fosas nasales, no ha sondeado en largo rato en busca de alimento, pero el pie, como bola loca, ha dado con una mancha áspera de solupe. La cabeza, por fin, puede inclinarse por algo que no sea el cansancio. Los labios rastrean codiciosos hasta que dan con los tallos rígidos. Es como tragarse un palo; no obstante, el estómago los recibe con rumores de bienvenida. El ramillete de finas hojas del coirón se ampara en la reciedumbre del solupe y, para prolongar las horas mansas del desquite de tanta hambre, el coirón comestible se enlaza más abajo con otros tallos tierno. El olor de una planta ha denunciado la otra, mas nada revela el agua, y el animal retorna, con otro día, hacia las islas de monte que suelen encofrarla. Un bañado turbio, que no refleja la luz, un bañado decadente que morirá con tres soles, lo retiene y lo retiene <como un querido corral. Las islas y las isletas se pueblan de sedientos animales en tránsito; disminuye su población cuando unos se dañan a otros, sin llegar a vaciarse.

El caballo se perturba con la vecindad vocinglera y reñidora, aunque nadie, todavía, se ha metido con él. Un día guarda distancia, condenándose al sol del arenal; al otro se arriesga y puede roer la miseria de la corteza del retamo.

Antonio Di Benedetto, de "Caballo en el salitral".s

Los oasis

Un hombre arremangado de brazos y piernas, sale a dirigir el agua. Muchos hombres, en distintos cuadros de tierra, riegan bajo el fuerte sol. Es la gloria del agua que brotó del cerro. El agua aquella fría, cristalina y dulce, es ahora bermeja. Trae como los ponchos, polvo de varios, remotos y largos caminos. Es bermeja, fría y dulce, sí, corriendo que es un encanto.

Acequias irregulares, alegres, rebosantes de agua bermeja, con las orillas crespas y fragantes; acequias que entran en las mangas labradas, en los cuadros cultivados y que se truecan en una muchedumbre de hilos bermejos.

Cada casita tiene su acequia. Agua de regar, agua de beber. No importa la arcilla bermeja. Revoliéndola en una tinaja, con ramitas frescas de chopo, se pone tan limpia como cuando manó con olor a peña. Echándole amargas cepas de durazno, también se aclara y no trueca su sabor. Canales anchos, orillados de corpulentos sauces cuyas largas ramas reciben la caricia de la onda pasajera. Canales y canales.

Fausto Burgos, de "Nahuel".

El tomero

Nosotros conocimos un tomero típico. Era, como todos los de su ocupación, criollo ciento por ciento y arraigado en el lugar. Conocía la hijuela palmo a palmo. También conocía perfectamente el canal del cual derivaba la misma t tenía noción cabal del río, de sus vaivenes, del capricho de su curso, de la resistencia de los "pie de gallo" que se construían en las márgenes para evitar los desbordes y el avance de las aguas en las épocas de las crecidas. Tenía asimismo cabal conocimiento de las propiedades regadas por la hijuela a su cargo, y de sus dueños y familiares y trabajadores. Siempre andaba montado y era de humilde condición. Tenía plena conciencia de que era autoridad, pero la ostentaba con recato, por lo cual sus relaciones con los regantes resultaban llanas y correctas. Y las que mantenía con su superior, el inspector del cauce, eran de subordinación, pero no de dependencia, ni mucho menos de servilismo. El inspector mandaba en la hijuela y el tomero en las compuertas. La imagen inconfundible del tomero, que llegaba a nuestra casa por el largo callejón, al paso corto de su mulita, nos indicaba casi siempre que había llegado "el turno" para nuestra viña. Y se trataba de una buena noticia para nosotros y también para las cepas ansiosas de fresca.

Benito Marianetti, de "La verde lejanía del recuerdo".

El regador

El regador de campo, artífice del actual paisaje mendocino, fue estampa típica de nuestra entonces seca geografía: pantalón arremangado hasta más arriba de las rodillas; pies desnudos o, cuando mucho, defendidos de espinas y piedras por ojotas de cuero; torso descubierto cuando tuesta el sol, o protegido con grueso poncho cuando aprieta el frío; sobre la cabeza, luce siempre una ancha chupalla como alero de rancho. Cuando la distancia lo fija en el horizonte, parece un espantapájaros que tiene vida propia, llevando al hombro un emblema que lo eleva a la categoría de héroe: el azadón.

Néstor Lemos, de Relato de un relato.

Río Mendoza

*Ha decidido ser río: aquel arroyo que fue, quedó en el olvido.
Mancebo, hidalgo y bravío creció audaz y guerrero.
Se desveló en primavera para dormirse en invierno.
Intrépido; posesivo; buen discípulo del viento,
vuelve su espalda al poniente porque no aspira al regreso.
Sólo, en busca de la vida, desafía sus misterios
desarrollando su estirpe de supremo pregonero.
Caudillo de amaneceres, triturador del silencio,
por su secreta ternura vieron la luz los viñedos.*

Gregorio Torcetta, de "Los duendes del agua y la piedra", PAO, 1998.

Río Tunuyán

*He visto a la montaña cuya líquida cintura
poniendo alegre primavera en su figura,
vencida como una fábula crece gota a gota,
encontrándose su luz no rota sino madura:
gajo húmedo su carne de raíces desde abajo
desdobla el fruto de la brújula hecha badajo,
agua que es sueño de montaña no sólo llanto
además de sumar estatura es hueso del canto,
limpia y andante con guitarras llena el cielo
de acequias y surcos alumbrando el anhelo,
el zurcir heridas de canales en la dulce tierra
clamando noviazgos en la orilla que encierra,
guardando en cada fruto su nombre maduro
la mojada promesa de color, música y futuro.*

Raúl Lillo, de "La Concepción", Bubok editores, 2010

Río Tupungato

*Agua clara y labradora, canta, murmura, llora...
líquida piedra dulce más suave que la nube,
todos los labriegos saben cuánto vales,
lleno de ti está el canal y la acequia,
el más verde pasto y el manzano y el viento,
la misma raíz que se abre como pan a tu beso,
murmura estremeciendo la tierra cada noche:
"¡Tengo mil sueños y mil milagros elevándose,
como anhelos de ave sobre la piel de la serranía,
campos gozosos que ningún sol seca!"
¡Llenas los ojos de cielo, como profundo galope,
y calientas hasta el corazón más viejo,
convirtiéndolo otra vez en horno de ilusiones!*

Genaro Vergara, de "Agua de mi tierra", Imprenta Sosa, 1949

Río Diamante

*Río de mi tierra hermoso diamante en cuyas aguas
los cerros se miran y nuestros cielos cabalgan.
Desde remota laguna que entre nieves se amortaja,
desciendes después de enhebrar valles, sol y montañas.
Las nieves te hacen tan limpio que el cielo se agacha
para mirarse gozoso en tus corrientes delgadas.
Desde mi casa te veo con sólo abrir las ventanas,
desde mi pena te oigo con sólo entreabrirte el alma.
Caudaloso, poderoso, negro, magnífico te he visto
como una turba de toros corriendo en la noche vasta,
y hacer del peñasco brizna y del recio tronco paja,
cual si la entraña del cerro en ti corriera y bramara,
mi verso hecho niño desnudo en ellos se baña!*

Alfredo Bufano, de "Canción de mi casa", 1919.

Río Atuel

*Rueda el Atuel desde la piedra dura
hasta la verde beatitud del valle.
Y es casi el cielo quien le aprieta el talle
antes que se derrame en la llanura,
en un rocío largo que fulgura.
No hay otra voz de río que lo calle.
Ni marcha de oro en que mejor restalle
el son viril de su nomenclatura.*

*Río Atuel, pez azul, río paterno.
Agua que entre gobierno y desgobierno
sueña un barco imposible en su cintura.
Yo digo su recuerdo y su fragancia,
que vienen desde el fondo de mi infancia
a mojarme otra vez en su hermosura.*

Luis Ricardo Casnati, de "Aquél San Rafael de los álamos", Crisol, 1975

Río Malargüe

*Canta mi río Malargüe la acequia no sé qué canto olvidado
y por eso pasa como llorando el rumor de sus aguas...
Mi pena escapa del cuerpo entre las piedras saltando,
mientras el agua lleva el rumor de lo que hemos soñado.
Agua que viene de la cordillera y se aleja como músculo
en el borde del río yo me he quedado soñando:
mi infancia llena de pájaros, los juegos que he olvidado,
los días largos sin pan que no quiero verlos más.
Es tan grato sentir de nuevo como corazón alborozado,
el brinco del agua mansa que repica en nuestros años.
Reproche que hace la vida a nuestro inútil cansancio.
por qué otra vez no ser niños y así siempre renovarnos...
Igual que el irse del agua de este río que ya en la acequia canta.*

Luis Sánchez, de "Poemario provinciano", Ediciones La Brújula, 1982